

LA ETERNA GALAXIA GUTENBERG

Miquel Barceló

En sentido figurado, solemos referirnos como Galaxia Gutenberg al material escrito e impreso, seguramente en oposición a los nuevos medios audiovisuales tan en boga últimamente. La denominación procede del título de una obra del profesor Herbert Marshall McLuhan quien, en 1962, publicaba *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man* (La galaxia Gutenberg: la creación del hombre tipográfico).

Johannes Gutenberg (1398-1468) fue el orfebre alemán que dio impulso definitivo a la palabra escrita con su invento de la imprenta de tipos móviles hacia 1450. Un invento que ha marcado nuestra civilización al poner al alcance de la gran mayoría de la población todo tipo de material escrito, verdadero soporte y difusor de la cultura en esos más de quinientos años transcurridos desde entonces. Con la imprenta se alcanza la posibilidad de disponer de muchas copias de un mismo texto, en contraposición al limitado número de copias manuscritas realizadas por monjes y frailes. Por ello, la invención de Gutenberg ha sido fundamental para la difusión de la cultura y del saber en los últimos siglos, aunque ahora las cosas estén cambiando.

Me reconozco adicto (me temo que como todos...) a los nuevos medios de comunicación audiovisual, pero en mi labor de divulgación científica suelo usar casi cualquier elemento de referencia que pueda resultar válido: cine, literatura, cómic, teatro, etc., aunque la riqueza del libro y la palabra escrita me sigue pareciendo superior a la de lo audiovisual.

Pensado fríamente, en un libro hay tan solo garabatos que logramos comprender sólo tras un largo aprendizaje, generalmente realizado en nuestra infancia. El lector que, por ejemplo, no sepa japonés verá sólo como garabatos los caracteres japoneses impresos en un libro. En realidad, quien lee es nuestro cerebro que ha aprendido a interpretar unos determinados garabatos y darles significado como ideogramas, caracteres, palabras, frases y, en definitiva ideas.

La acción de leer es un acto creativo a medias entre escritor y lector. El cerebro entrenado del lector es tan importante como la voluntad comunicativa del escritor. Por ello un libro leído con décadas de diferencia, aún siendo el mismo libro con el mismo contenido de garabatos/ideas no deja de parecernos un libro distinto: nuestro "interpretador de garabatos", nuestro cerebro, ha cambiado durante esas décadas.

En cambio, lo audiovisual lo percibimos con los sentidos más potentes: la vista y el oído. Podemos aislar la vista con el uso de los párpados, pero el oído sigue siempre activo y por eso usamos despertadores acústicos para sacarnos del estado de sueño. Las condiciones de visión de una película en una sala de cine, además, nos ponen a disposición del director quien impone su ritmo y nos subyuga con la fuerza de imágenes y sonidos de manera que nuestra capacidad de reflexión queda un tanto aislada, al menos en una primera visión.

La lectura, siendo el libro un medio "frío" en la nomenclatura de Marshall McLuhan, resulta mucho más independiente y activa por parte del lector. En el proceso de leer, podemos detenernos para reflexionar, pensar y elaborar según nuestro leal saber y entender una situación o idea determinada. Eso no suele ser posible en una sala de cine, aunque, debo reconocerlo, ya lo va siendo mucho más en la visión de obras cinematográficas en soporte digital que consumimos en casa, aunque la mayoría de esas interrupciones no son para reflexionar sobre lo visto y oído en pantalla, sino generalmente para atender a otras necesidades...

La lectura es, ha sido y será, un acto personal. La participación del lector resulta más activa e imprescindible (recuerden: sin un cerebro entrenado, un libro sólo contiene garabatos...); y es el mejor medio para liberar y manifestar la independencia y la personalidad del lector.

Un ejemplo: si en una película el director muestra una montaña, todos los espectadores ven la misma montaña pero, sólo por el hecho de haber escrito "montaña" en este texto, cada lector ha ilustrado ese concepto con su propia visión de "montaña". La acción de leer resulta mucho más libre y creativa que la de observar casi siempre pasivamente una creación audiovisual, aunque ésta nos atraiga más en primera instancia. Q.E.D.